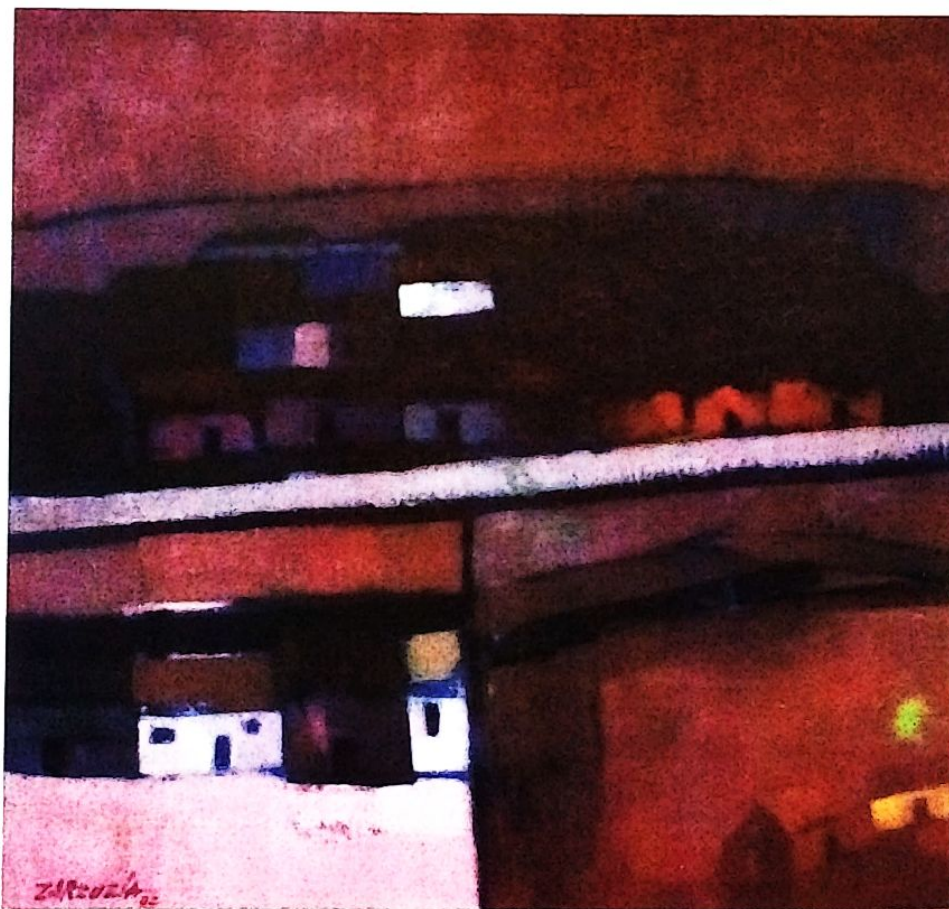


Se le aparece cada quincena



Alejandro Dumas • Raúl Espinoza • Lupe Cajías

Luis Urquieta • Juan Sánchez

Luis Ramiro Beltrán • Julio César Téllez

LA PATRIA
suplemento orureño de cultura

año XV n° 376 Oruro, domingo 14 de octubre de 2007



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA




Erasmus Zarzuela Chambi
Primavera en el altiplano - Olao

Prohibición

Asustado de la imaginación ardiente y de las tendencias sensuales de su discípulo, Juan Bellini le sometió a un régimen más severo que a los demás, y le fueron prohibidas las Vírgenes y las Magdalenas, por grande que fuese la sequedad de sus contornos y la rigidez de sus posturas. Apenas si se le permitió pintar ángeles tocando el laúd o la viola. Pero el san Sebastián plagado de flechas, el Job sobre su estiércol y el san Antonio sin la tentación, pasaron a ser su ración periódica, y el pobre Ticiano, que sólo soñaba con Venus y bacantes, seda y terciopelo, ricos señores y regios cortesanos, tuvo que resignarse.

Alejandro Dumas acerca de Ticiano



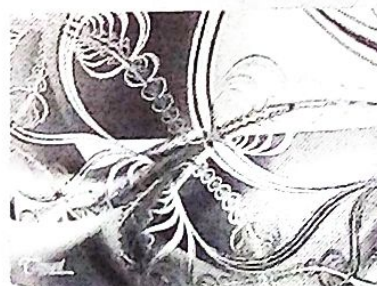
el duende

director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g. (t)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telef. 5276816-5288500
elduendeoruro@yahoo.com
oruduende@yahoo.com

¿Menos válido?

"Mi educación terminó en mis años escolares"
Bernad Shaw

Mis pies
no marchan al compás
no bailan
pero caminan y hasta corren.
Fui un poco diferente
Éy sólo por eso
Me hiciste sentir minusválido
¿Por qué?
¡Inútil tú!
que no supiste
captar la potencialidad
diferencial de mi cerebro
y mis manos.
¡Inútil tú!
que sólo sabías
golpear
¡Inútil tú, tú, tú...!
que te empeñabas en arrebatarle
mi niñez.



La globalidad

El mundo no era todo el globo. Las guerras y conquista fusionaron el saber y los inventos (mezclaron además las sangres). Y cuando el globo iba a hacerse un mundo, el comunismo hizo una frontera. El capital, muerto el comunismo, ahora posee todo el globo. El capital (los capitales) también ya era global. Pero para impedir al comunismo su avance, enarbolaba la bandera de los "valores culturales (nacionales), contra lo toráneo" "¡Ha muerto el comunismo!, competit..." -se ha dicho. Yo que no fui comunista, me resisto a competir y endiosar. La globalidad no es más que el endiosamiento oficial y universal de la moneda.

Raúl Espinoza Maldonado. Escritor y poeta orureño.

"Un compromiso de vida" fue la consigna del grupo teatral Nuevos Horizontes

El último libro de la periodista e historiadora Lupe Cajías: "Por los Caminos de Nuevos Horizontes, 60 años de una apuesta cultural" fue presentado este lunes en Oruro, dentro de los festejos organizados por la Prefectura del Departamento para conmemorar el Día de la Mujer Boliviana



"No deja de ser una evocación al terruño, a nuestra realidad mineña con mezcla de valle, canto y teatro. Lo que enfoca Lupe Cajías en su labor da un marco de finísima madera a lo que cobijará al mejor tesoro del Arte. Con sus palabras construye todo un escenario lleno de bambalinas y candilejas, donde la voz del director ordena que se debe levantar el telón para comenzar la obra".

Así, conmovida, presentó el Presidente de la Unión de Poetas y Escritores de Oruro, Jorge Antonio Encinas, el libro de Cajías que recorre los 60 años de trabajo de un elenco teatral tupiceno que fue único en Bolivia y quizá en el continente.

La obra abrió la feria de libros escritos por mujeres bolivianas que organizó la Prefectura del Departamento y la entidad Sayariy Warmi Oruro como el mejor homenaje a la poetisa Adela Zamudio, cuyo nacimiento se recuerda cada 11 de octubre.

El acto contó con la presencia del Prefecto Alberto Luis Aguilar, quien destacó el trabajo permanente de Cajías a favor de la cultura, los Derechos Humanos y la libertad. Comprometió mayor presupuesto departamental para las actividades artísticas y para el óptimo aprovechamiento del recién adquirido Palais Concert, donde se llevó a cabo el referido acto.

Encinas describió el rol del teatro en la liberación y el aporte de la artista Teresa Sierra, oreña, integrante de "Nuevos Horizontes" en Tupiza y de las giras del elenco liderado por el anarquista Liber Forti.

"No deseo dar rienda suelta a mi emoción; pero para hablar de Nuevos Horizontes hay que tener las palabras precisas para armar un hermoso enigma fragmentado en piezas multiformes que la autora consigue. Empero, con mis pasiones de titiritero de antaño, me atrevo osadamente a confesar que el resultado no hubiese sido completo sin la tesonera investigación y el trabajo acucioso de Lupe Cajías", argumentó Encinas.

Por su parte, la presidente de Sayariy Warmi, Esther Soto, señaló que Cajías es el tipo de mujer que aporta constantemente a la comunidad y para mostrar las capacidades y calidades de las bolivianas, superando las tendencias de la "victimización".

En el acto también participó el intelectual tupiceno y director de la Carrera de Comunicación Social, Lic. Gerson Porcel, quien dijo que "Nuevos Horizontes ha comprendido que el teatro devuelva a los hombres la memoria humana, esa memoria humana que une como una inmensa familia a través de las generaciones al público de Esquilo, de Sófocles, Eurípides con el público de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Shakespeare, con públicos de nuestros autores contemporáneos".

"A través de la lectura del libro, Lupe demuestra la tesis de Octavio Paz, poeta mexicano, que el leer es viajar con la imaginación y el inicio del viaje de Nuevos Horizontes con ese pasaje personal, comienza en Tupiza, un pueblo histórico que parece poema, que ha dado hijos de literatura, política, música y deporte".

"El viaje que propone Lupe se inicia con la utopía de Liber Forti que, al igual que todo ser humano más o menos equilibrado psicológicamente y enamorado del teatro, es proclive al sentimentalismo, junto con muchachos fantasmeadores y seguidores locos de la utopía".

Por su parte, la autora dedicó su obra a las mujeres bolivianas, especialmente a las oreñas y a aquellas anónimas que día a día cultivan la vida, dan de amamantar leche e identidad cultural, valores y sentimientos.

Dijo que unía aquel homenaje a los mineros, seres rudos y combativos, pero tiernos y sensibles cuando se trataba de asistir a una de las giras presentadas por Nuevos Horizontes en Atocha, Telamayu, Catavi, Siglo XX, Oruro. Un público siempre sorprendente por arte y la cultura.

También subrayó el compromiso de los artistas porque dan su tiempo y sus sueños para que los demás gocen de la belleza.

Igual homenaje a Tupiza, pueblo único, que con un puñado de habitantes logró parir a gente como Alfredo Domínguez, Agustín Ugarte, Gastón Suárez, Willy Allaro. Tierra de batallas y rebeldías, y a la vez de ríos y montañas y poetas, y olor a humita, quesillos y membrillos.

El libro, en venta en librerías oreñas, es sin duda un aporte central para la historia del teatro boliviano y es un esfuerzo que merece ser leído por todos los bolivianos.

EL LIBRO DE LUPE CAJÍAS

Primer Momento

Era 1978, un mediodía. Estaba en un micro frente a la Plaza Venezuela, en la Avenida 16 de Julio, quise descender y dije al conductor: "Maestro, en la esquina, por favor". El frenó suavemente, se dio la vuelta y me respondió: "Señorita, en Bolivia sólo hay dos maestros, el Maestro Lechín y el Maestro Ugarte".

Señalaba a aquel hombre alto, ya canoso, don Juan, el mismo que había dirigido a la montonera, a los del tropel, aquel que tanto había de influir en mi trabajo y en mis libros.

Del Maestro Víctor Agustín Ugarte, conocía menos, salvo la evocación de mis hermanos relacionándolo con otros ckaes del fútbol boliviano de los años 60.

Ugarte, tupiceno, Tupiza... Nombres que luego había de escuchar tan seguido.

Me estrenaba como periodista en el mismo momento en que Bolivia vivía la primera apertura democrática, gracias a la lucha de los obreros, de los mineros, de sus mujeres y de seres como José Pimentel, aquí presente, que dieron sus mejores años para que todos tengamos mayor libertad.

Ése es el primer homenaje de este libro, a todos aquellos dirigentes y proletarios, combativos, dinamiteros, de la siempre gloriosa Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia.

Los mismos que me contaban de sus luchas, de sus campamentos, de Tupiza y de cómo ellos tenían un asesor cultural y pedían en sus pliegos peticiones junto a la escala móvil de salarios, mejores películas, más teatro, clases de ajedrez. Enfatizaban distintos lugares, diferentes plazas y la frase Tupiza se repetía con singular frecuencia. Metódica como soy, empecé a anotar sus charlas en el Lechíngrado, en el viejo Ely, en la sede del Prado.

Proletariado único en el mundo que unía a su hambre de pan y justicia, su ansiedad por el arte, la estética, la palabra bella, la obra literaria, el drama.

Segundo Momento

Siguiendo los rastros de los congresos mineros conocí Ulla-gua, el campo de María Barzola, Huanuni, Telamayu, Siete Suyos, Chorolque, cñimas, Atocha y también Uyuni.

Recién una década después tuve ocasión de llegar a Tupiza. Fue una inédita invitación para dar un seminario de capacitación a reporteros de un semanario. Una muchacha me escribió a nombre del dueño, su padre, un obrero analfabeto, que financiaba la publicación con el dinero que su esposa ganaba vendiendo verduras en el mercado de Tupiza. Me alertaba que no recibiría pago, pero sí pasajes gestionados por el sindicato de ferroviarios y alojamiento y comida en el Hotel Mitru. Me enteré así que aquel descendiente de griegos, don Manuel, era uno de los que más ayudaba a tan singular empeño.

¿Cómo no ir? Pese a que era víspera de Navidades partí con mis hijos. En las horas libres del seminario, recorrí Tupiza y sus alrededores. Tomé nota de todo aquello que me deslumbraba, las montañas rojas, la música de Alfredo Domínguez, de Willy Allaro, los jinetes con sombrero alón y poncho colorado, los recodos del río, el olor a maíz y a queso fresco. Entrevisté a decenas de personas asombradas porque encontré exposiciones, conciertos, museos, en un pueblo tan pequeño.

Cuando caminé por la calle dedicada al artista, en la cual una guitarra y un charango reemplazan a los semáforos, confirmé por qué los obreros hablaban tanto de Tupiza.

Quise redactar un libro con diferentes estampas de aquella villa apacible y tan especial, hogar de fugitivos argentinos y chilenos, de libertarios y sindicalistas, de escritores y artistas. Pronto me di cuenta que no podía hacerlo, necesitaba pasar más largas temporadas para lograr internalizar ese ambiente único, que pocos tupicenos han logrado describir.

Del intento, sólo me quedaron nuevas visitas, las muchas lecturas y fichas y un nombramiento municipal como hija adoptiva de Tupiza. Hoy lucho orgullosa la escarapela que entonces me fue impuesta.

Éste es pues un segundo homenaje, a la ciudad que ama la cultura, que ama la liberación por el arte, que prefiere la estética desde la comida hasta la plaza, que logró reunir como ninguna la rebeldía y valentía de los chicheños con la placidez y serenidad de los artistas y de los sabios.

Tercer Momento

Dirán, y en todo aquello, dónde quedaba Nuevos Horizontes.

Quedaba, queda, en todo. Todo lo atravesaba y tenía. Porque Nuevos Horizontes es parte indivisible de la historia del proletariado boliviano, especialmente del minero, y parte insepara-

ble de la historia de Tupiza, y de la historia de la cultura boliviana.

Conoci en los primeros años democráticos a Liber Forti. Tuve el privilegio de charlar largas horas con él y de anotar sus palabras en una librolita blanca que él mismo me regaló. Forti había llegado a Tupiza junto con su perseguido padre, un anarquista italoargentino. Ahí aprendió las primeras letras, luego estuvo en otros lugares, fue croto, es decir aquel hombre libre que no trabaja pero que tampoco mendiga o pide, sólo espera que alguien le alcance un plato de comida, una cobija o no lo despierte mientras viaja encima de los trenes por toda la pampa.

Libertario, retornó a Tupiza ya formado. Al bajar en la estación vio un cartelito donde el club deportivo The Strongest invitaba a una función de teatro. Dijo él, si en este pueblo, un club de fútbol hace teatro, aquí me quedo.

Y se quedó más de una década, entre idas y venidas. Conoció a Alipio Medinaceli, ácrata como él y maestro de teatro. Junto con él y con personas como Oscar Vargas del Carpio y una larga lista que temo nombrar por olvidar a alguien, fundaron Nuevos Horizontes.

Tal como relato en el libro, que espero lean con el mismo entusiasmo con que lo escribí, el elenco teatral tupiceno, fue más que un grupo de artistas. En su actividad cotidiana, dentro y fuera, hicieron de cada momento de la vida una propuesta de ética y de estética. Era tan importante barrer perfectamente el escenario como coser el vestido que lucirían en su pieza preferida, "Hermano Lobo".

Su público principal eran los obreros rudos, esos mismos mineros que bajaban vociferantes a la huelga general, se sentaban con sus familias para disfrutar "Todos son mis hijos", o "Herederas el viento" o "El centro forward murió al amanecer" o la obra obra preferida: "La zorra y las uvas".

Una conjunción que no se dio, ni se da y quizá nunca más se de.

Por ello, el mayor homenaje de esta noche es a Liber, a los que hicieron Nuevos Horizontes y también a todos los artistas que porfían en actuar y hablar, a pesar de todos los modernismos, conscientes que los dramas humanos siguen siendo los mismos.

Algo sobre la portada

Finalmente, unas palabras sobre la portada.

En 1992, cuando revisé los restos de la famosa sala de ensayos en la casa de Nuevos Horizontes, en Tupiza, encontré colgado en una pared carcomida un afiche que había resistido ahí 30 años.

Apenas se notaban las letras y el anuncio de la presentación de "El zoológico de cristal", que el grupo llevó de gira por los centros mineros y por Camargo, Oruro, Cochabamba.

Me conmovió su soledad y quise rescatarlo del olvido.

Cuando volví, dos años después, ya no estaba, como ya no están casi ninguno de los rastros que aún retraté.

Propuesta de vida

Termino con una cita del poema "Avanti", de Almafuerte, que junto con otros similares y algunas consignas muestran la propuesta de Nuevos Horizontes frente al mundo.

Dice así:

No te des por vencido, ni aún vencido
No te sientas esclavo, ni aún esclavo
Trémulo de pavor, siéntete bravo,
y arremete feroz ya mal herido.
Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin vuelve a ser clavo
No la cobarde intrepidez del pavo
que amaina su plumaje al primer ruido
Haz como Dios que nunca llora,
o como Lucifer que nunca reza,
o como el roblello cuya grandeza
necesita del agua y no la implora.
Que muera y vocifere, vengadora,
ya rodando en el polvo, tu cabeza.

Lupe Cajías. La Paz, 1955. Periodista y escritora. Es Directora de la Movida Ciudadana Anticorrupción y miembro fundador de la Fundación Cultural Huascar Cajías.





Luis Urquieta Molleda



(Primera de dos partes)

Señor director de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, señoras y señores académicos, respetable concurrencia.

Empiezo agradeciendo el grande honor que se me confiere al haber sido designado Miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Acató con reverencia el juicio generoso de los académicos, sabiendo que mi incorporación a su egregio seno marcará para mí una nueva ruta de aprendizaje de inapreciable valor.

"El itinerario de un poeta *yatiri*" es el título de mi intervención de hoy, como homenaje al notable poeta boliviano Alberto Guerra Gutiérrez y ojalá también como contribución al estudio y conocimiento de su multifacética obra.

Intento destacar los dos ejes de su vida y obra: la poesía y la antropología. No fue fácil determinar si alguna de ellas era preponderante, finalmente entendí que Alberto Guerra hizo una poesía antropológica y que su antropología fue definitivamente poética.

Estas son las dos partes que engarzan el presente trabajo: la órbita poética y la vela antropológica de Guerra Gutiérrez.

LA ÓRBITA POÉTICA

El compromiso cultural

Guerra fue un intelectual comprometido, sobre todo un poeta. Su embrujo por los mitos se fundó en la entraña misma de la mina donde quedó impregnado de la sabiduría del *yatiri*. Su calidad de investigador prolijo le permitió poner en evidencia el valor subyacente de las tradiciones del Carnaval de Oruro. No fueron pocas las estrellas que guiaron su errante andar en este mundo: la poesía, el resplandor de las culturas tradicionales, la justicia, el amor.

A la prädica del triángulo extrarreligioso bretoniano: el amor-la poesía-la revolución, añadió su piadosa adscripción al universo de la cultura popular de la que aprendió, desarrolló y no dejó de difundirla.

Esta devoción, unida a otras voces involucradas en el hecho cultural, fue el sustento para que en el año 2001, el fastuoso antreño fuera denominado por la UNESCO Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad.

El amor como poesía y su trascendencia

En todo hay una distancia, pero el amor es el camino sentenciaba poéticamente el vate. Cuando solía repetir sus versos recordando viejos poemas, algo expresaban sus ojos, tan diferente de cuando era el mismo Alberto cotidiano. Sabía él que la poesía en su más alta concentración,

En sesión pública y solemne, el viernes 28 de septiembre en la ciudad de La Paz, el ingeniero a la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. El acto se llevó a cabo en dos partes— versa sobre la obra del escritor D. Alberto Guerra Gutiérrez. La respuesta que este



requería de una entrega total, un sigilo sagrado para no ahuyentar la mínima forma, el menor sentido; el secreto de decirlo con la gravedad precisa. Con trémula voz y una carga de emoción, sostenía cada una de sus palabras. Así surgían los versos de Vallejo, de Nazim, de Hikmet, de Rilke, sus propios poemas y, las horas pasaban al conjuero de la campana luminosa de noches insomnes.

La poesía constituía su lenguaje interior. Más bien, su lengua. Con ella tramaba su interioridad y desde ella misma interpelaba, representaba, descubría o acariciaba al mundo.

Con su poesía también prefiguraba los tramos de la realidad multiforme, para capturar lo esencial y guardarlo en el sagrario de la memoria.

Privilegió tanto su tarea poética que supo proyectar los tropos del nihilismo, la lírica, cuando no la denuncia social con vasta y variada producción y, siempre, con delicada factura:

Antes de venir al mundo / mi corazón ya fue latido / quiso ser árbol / después estrella / y ascendió tanto en su alán / que llegó a ser niño.

Este, el prólogo de uno de sus más celebrados poemas: *Siete poemas de sangre o la historia de mi corazón*.

El poema "Mi casa" no fue menos saludado. Su composición descriptiva ha llamado la atención de arquitectos, convocando su sensibilidad, tanto que al indagar nosotros sobre la trascendencia de su obra poética encontramos que un programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, desarrolla hace 10 años un proyecto académico denominado "Arquitectura en la poesía" a partir de una selección de poemas de notabilidades como Neruda, Borges, Juana Inés de la Cruz, del Valle Inclán, García Lorca, Jorge Guillén, Amado Nervo, Octavio Paz, Vallejo y, entre ellos el poema "Mi casa" de Alberto Guerra.

Aquí un trozo del poema:

Esta no es mi casa / mi casa tiene altos ventanales / y un árbol de ramas jóvenes / limpiando celosías de lluvia / en sus cristales. / Mi casa tiene ojos claros como el alba / y una rosa enamorada / atisbando por las rendijas de su puerta / que es mi propio corazón. / hecho de maderas dulces / y esperanza.

Podríamos afirmar que nuestro autor ignoró tan alta calificación conferida a su poema, que bien pudo haberle sido gratificante y ufano saber del inédito proyecto que relaciona el arte de la arquitectura con el de la poesía. Ya lo dijo Octavio Paz: *la poesía, o palabra erguida, conlleva una comprensión más completa de la propia realidad de la obra de arte*. Martín Heidegger sostenía que *todo arte es como dejar acontecer el advenimiento de la verdad del*

El itinerario de

Discurso de Ingreso del Ing. Luis Urquieta M

ente en cuanto tal, y por lo mismo es en esencia poesía.

Para la mencionada universidad mexicana desarrollar el curso "Arquitectura en la poesía", es una fascinante aventura académica que abre nuevos y viejos caminos de liberación para la arquitectura.

El hallazgo, lectura y relectura de cada verso es una sorprendente fusión con la pluma del poeta y sobre todo con mucho de lo esencial y correspondiente en la arquitectura. Una sinfonía, que bien podría sugerirse desde su partitura, una pintura en su fotografía, la misma arquitectura en su representación o descripción técnica, nada de todo esto nos acerca tanto a la propia realidad de la obra de arte como la imagen poética, concluye el comentario.

La dimensión abarcadora de las relaciones de Alberto Guerra con la poesía y los poetas, consistió en compartir el pan trascendente con otros bardos, porque en silenciosa urdimbre, estuvo afectivamente unido a ellos; además de incansable organizador de encuentros poéticos así como editor y difusor de antologías.

En sus rutas peregrinas se alió a consagrados espíritus afines como Héctor Borda, Antonio Terán, Gonzalo Vázquez, Humberto Jaimes, Roberto Echazoe, Carlos Mendizábal, Alcira Cardona, Matilde Casazola, Eliodoro Aillón, Jorge Zabala y otros, con quienes estableció una conjunción vital, ya en la segunda generación de Gesta Bárbara, ya en el Movimiento 15 poetas de Bolivia, ya en los cenáculos que alentó; en cada uno de ellos fue el protagonista conspicuo.

Compartió vigoroso e inagotable la espiga alada de su estro con nuevos poetas que se forjaron al amparo de su cautivante personalidad. Con Edwin Guzmán Ortiz, un expedicionario del verbo arrollador de la poesía, confluyó en una amistad pincelada con el lento ejercicio de compenetración del trabajo selectivo: fueron coautores de la célebre antología poética de Oruro, Benjamín Chávez Camacho, ganador del Premio Nacional de Poesía 2006 "Yolanda Bedregal", también gestó su estro en el umbroso árbol de la espiritualidad poética del maestro.

El compromiso social

Alberto Guerra fue un profundo conocedor del mundo crepuscular e impredecible de "interior mina". En algún momento de su vida trabajó en sus parajes, tal vez por ello le resultaban familiares sus meandros, los espíritus que allí habitan y el destino trágico del minero lustrado por el desgaste lento e irreversible de su existencia. Tan patético escenario se convirtió para él en uno de los epicentros que germinaron su visión crítica de la historia social tejida desde los "soccavones de angustia".

Escudriñando su producción bibliográfica no es posible sus- traerse de la mención de poemas que pintan el alma de los mineros y la suerte triste de los niños y los obreros.

En "Baladas de los niños mineros" está todo el dolor de los ojos luminosos preñados de ternura, lacerados por las ojeras de orfandad.

He aquí, de él, dos "Canciones para dormir a los niños":

2

Duérmete mi niño / -pequeño minero-, / duérmete y no llores / que el "tío" se enoja / cuando pides pan.

Cierra ya los ojos / negros de aceituna, / cierra ya tus labios / brasa de carbón

Duérmete mi niño / -pequeño minero-, / duérmete esta noche / y mañana tendrás / tibio y retostado como luna llena, / un pan para ti.

3

-Duérmete mi niño, / ¡deja de llorar! / el hambre es un loco / y te puede llevar.

-Duérmete mi espejo, / duérmete así... / cuando viene el hambre / mejor es soñar.

-No despiertes hijo, / mejor es soñar... / Cuando llegue "el pago", / te haré despertar.

En "Manuel Fernández y el itinerario de la muerte" se refleja el mundo prosaico y doloroso de los seres que pueblan el orbe minero. Acerca del poemario dijo su autor: *Yo hice un seguimiento del destino de este hombre hasta que murió reventado por la silicosis y el alcohol.*



Un Poeta Yatiri colleada a la Academia Boliviana de la Lengua

El civil, escritor y promotor cultural D. Luis Urquieta Molleda, se incorporó como miembro de número a cargo del académico D. Mariano Baptista Gumucio, se publicará en la siguiente edición.

El poema tiene tres instancias: Manuel Fernández en la mina, en la calle y en su tránsito final.

El primero es un retrato de cómo vive Manuel Fernández en la mina y cómo la mina se revela en él.

Cuando está trabajando se lo ve ágil y vital; cuando sale a la superficie, con asuntos de la pulpería (almacén de alimentos de la empresa) o para cobrar el salario de los trabajadores de su cuadrilla, se convierte en un hombre muerto, en una especie de lagarto quemado al sol. Apenas retorna a la mina, vuelve a ser la ardilla que fue.

Manuel Fernández en la mina: / coca y estaño. / Manuel Fernández en la vida: / pan y miseria...

...No quieres venir conmigo / Manuel Fernández / porque te llama el abismo / a cada instante; / has chispeado el "tiro" de tu destino / y te ha estallado el corazón / sobre el estaño.

No quieres salir del "rajo" / Manuel Fernández / porque está lloviendo / en la quebrada, / y así prefieres entregar tu vida / a la vieja "Pachamama", / una oración, alcohol y cigarrillo / para el "Tio". No quieres venir conmigo / Manuel Fernández, / porque tu vida es un abismo / como la mina.

Yo no quisiera llegar / Manuel Fernández, / con voz estrangulada y triste / a estrechar mis ansias muertas; / hijo de la noche, / sembrador eterno, / no quieres venir conmigo / quizás por encontrar en ese abismo / que te llamas vida: / la veta más grande / tendida desde tu alma al cielo / para encontrarte abrazado / a tus pulmones / que son el más rico "filón" de estaño.

Cuando la empresa no requiere más de sus servicios, Manuel Fernández se hace cargador en los mercados. En esa condición de minero acostumbrado al trabajo esforzado, empieza su calvario y toma la decisión de morirse lentamente, y la mejor manera de hacerlo es alcoholizándose. De ahí que el segundo poema que se refiere a su vida como rentista titula "Manuel Fernández está en la calle" o, para decir mejor, está en lo peor de su vida. Así lo describe el poeta:

Manuel Fernández está en la calle: / sol y ceniza. / Manuel Fernández en la noche: / "caja de estaño".

Yo te llamé un día / y te llamo hoy, mas / tampoco podrás venir conmigo / porque te ha robado el tiempo / tu juventud y tu sangre / hechas de piedra y "copajira".

No podrás venir conmigo / minero loco / porque hay un reloj carcomido / en tu garganta, / un reloj que nada sabe ya del tiempo / ni le importa su mudanza; / casi hasta olvidas tu nombre / que los años han tejido de nostalgias / para enredarlo en tu cuerpo como yedra / Manuel Fernández.

La calle ha "rescatado" tu ocaso / para sembrar en tus hombros / una nueva eternidad de angustia. Hoy te he visto / dormir sobre la acera, / brillando como un sol congestionado / -como un diminuto sol / de amianto y chocolate-.

Solitario "cargador" de los mercados, / llévate con tu muerte / una carga de luna y de luceros / en una noche de viernes / contagiada de q'oa / en la "ch'alla" habitual / de los mineros.

Bebe minero, / bebe también con tu muerte / -bebedor sin tiempo y sin retorno- / en el brindis final con "Pachamama", / este cielo azul / con sabor a "duraznillo".

La tercera y última parte de la composición titula "La muerte en Manuel Fernández" y no La muerte de Manuel Fernández:

Lo que yo intento mostrar en este tercer poema -dice Alberto en la entrevista que concedió al escritor Víctor Montoya en Estocolmo en 1991, durante el primer encuentro de poetas y narradores bolivianos en Europa- es que la muerte es un acontecimiento transitorio, y que Manuel Fernández es una metáfora, un símbolo, lo que quiere decir que hay muchos Manuel Fernández y que hay muchas muertes, porque estos mineros puros, trabajadores respetuosos, son más espíritu que materia; [...] mi poema podía haberse llamado: "Canto a los mineros" porque es la historia de muchos, quizás de todos los mineros", concluía él.

La patria lírica

La poesía es una visión del universo interior del poeta. Para Alberto Guerra era además una premonición. Su poemario *Elogio elemental* y una revelación de íntimo recogimiento, así lo confirma. A decir de Jaime Martínez Salguero "es una invitación a viajar por los paisajes interiores que el poeta describe luego de haber contemplado al mundo objetivo. Al verlos en el poema, se tiene la tentación de habitar ese mundo colmado de belleza, y, cuando la belleza es mayor, cuando raya en la perfección, se siente el impulso de fijar definitivamente nuestra residencia en esa patria lírica. *Elogio elemental* es un esfuerzo por replegarse hacia su intimidad para sentir mejor a la vida y la naturaleza".

En el poema "Hablo de la raíz, de la savia y el contenido" el poeta se expide panteísta para honrar a su madre:

En mi casa, hay un árbol callado y resignado como toda espera; un hondo vacío de paciencia parece invadir su estructura de soledad y hastío.

En mi casa hay un árbol sumergido en la quietud del tiempo, soplo silencioso, parece estar dormido.

Cuando entré en la casa, el árbol ya estaba resumiendo espacios para entregarme un salmo de luz y de alegría, como quien

sirve en la plaza, migas de pan a las palomas o alquila su patio a la esperanza.

¡Mi madre es este árbol!

¡Mi madre es esta savia de amor, de luz y de ternura.

¡Mi madre es este árbol, y está en el centro de mi casa...

Ritualidad poética

La cosmovisión andina define el *Q'esar* del *Q'esar* en este mundo por su conducta de equilibrio y reciprocidad con la Naturaleza (*Pachamama* o Totalidad).

En "Hablo de la raíz, de la savia y el contenido", como poeta y oficiante yatiri, nuestro autor relumbra con excelencia la presencia de cuatro elementos naturales recurrentes: *tierra* que arraiga al hombre, *aire* que divulga el sueño, *agua* que purifica el salmo y *fuego* liberador y liberado.

El poemario no se agota en su inmanencia estética:

Alza la *tierra* el verbo innominado, / el verbo contenido en la espera; / canta un salmo desolado / solo en la instancia del desvelo.

El *aire* lleva una brújula / capaz de no equivocarse el camino / y renueva la esperanza de encontrar / alguien día / el exacto sendero de la vida.

El *agua* sube por el árbol / alimentando quimeras / y baja con la lluvia / para que los sauces laven / sus manos en el río... / A su paso se cierran las heridas / y restaña la sangre que dejan / las traiciones y el olvido.

Fuego es la pasión constructora / energía vital que impulsa el cosmos, / mueve el mar y la tierra... / ¡Oh! Celeste diapason de la vida, / la belleza está al alcance / de todas las quimeras.

El ayer / el hoy, el mañana, / un sueño ingenuamente concebido... / El ayer no existe / no existe el presente, / el mañana tampoco existe...

La historia es la misma, / todo vuelve y se repite / en la medida del tiempo / o tal vez vuelve y se repite / sin tiempo y sin medida... / El hombre es el ara caminante / de un templo inmemorial / donde caben todos los dioses...

El poemario revela además en alquimia literaria su mirada abarcadora: *Nil novi sup sole* (Nada nuevo bajo el sol), *Ser de los dioses* o la revelación de la palabra y *El hombre una historia cardinal y expiadora*.

(Continuará)



Raúl Rivadeneira Prada, Director de la Academia Boliviana de la Lengua, impone la medalla al nuevo miembro de Número de la institución, Luis Urquieta Molleda.



Juan Sánchez Peláez



Bibliografía poética: Allagracia, Venezuela, 1922. Juan Sánchez Peláez es el más importante poeta de su país, y poseedor de una voz propia en el concierto latinoamericano. Su poesía está reunida en *Un día sea* (1969); *Rasgos comunes* (1975) y *Por cuál causa o nostalgia* (1981).

Profundidad del amor

Las cartas de amor que escribí en mi infancia eran memorias de un futuro paraíso perdido. El rumbo incierto de mi esperanza estaba signado en las colinas musicales de mi país natal. Lo que yo perseguía era la corza frágil, el lebreli efímero, la belleza de la piedra que se convierte en ángel.

Ya no desfallezco ante el mar ahogado de los besos.

Al encuentro de las ciudades:

Por guía los tobillos de una imaginada arquitectura

Por alimento la furia del hijo pródigo

Por antepasados, los parques que sueñan en la nieve, los árboles que incitan a la más grande melancolía, las puertas de oxígeno que estrema la bruma cálida del sur, la mujer fatal cuya espalda se inclina dulcemente en las riberas sombrías.

Yo amo la perla mágica que se esconde en los ojos de los silenciosos, el puñal amargo de los taciturnos.

Mi corazón se hizo barca de la noche y custodia de los oprimidos. Mi frente es la arcilla trágica, el cirio mortal de los caídos, la campana de las tardes de otoño, el velamen dirigido hacia el puerto menos venturoso o al más desposeído por las rálagas de la tormenta.

Yo me veo cara al sol, frente a las bahías mediterráneas, voz que fluye de un césped de pájaros.

Mis cartas de amor no eran cartas de amor sino vísceras de soledad.

Mis cartas de amor fueron secuestradas por los halcones ultramarinos que atraviesan los espejos de la infancia.

Mis cartas de amor son ofrendas de un paraíso de cortesanas.

¿Qué pasará más tarde, por no decir mañana? murmura el viejo decrepito. Quizás la muerte silbe, ante sus ojos encantados, la más bella balada de amor.

Filiación oscura

No es el acto secular de extraer candela frotando una piedra. No. Para comenzar una historia verídica es necesario atraer en sucesiva ordenación de ideas las ánimas, el purgatorio y el infierno.

Después, el anhelo humano corre el señalado albur.

Después, uno sabe lo que ha de venir o lo ignora.

Después, si la historia es triste acaece la nostalgia.

Hablamos del cine mudo

No hay antes ni después; ni acto secular ni historia verídica.

Una piedra con un nombre o ninguno. Eso es todo.

Uno sabe lo que sigue. Si finge es sereno. Si duda, caviloso.

En la mayoría de los casos, uno no sabe nada.

Hay vivos que deletrean, hay vivos que hablan tuteándose

y hay muertos que nos tutean,

pero uno no sabe nada.

En la mayoría de los casos, uno no sabe nada.

Si solamente reposara tus quejas a la orilla de mi país,

¿Hasta dónde podría llegar yo, hasta dónde podría?

Humanos, mi sangre es culpable.

Mi sangre no canta como una cabellera de laúd.

Ruedo a un pórtico de niebla estival

Grito en un mundo sin agua ni sentido

Un día sea. Un día finalizará este sueño.

Yo me levanto.

Yo te buscaré, claridad simple.

Yo fui prisionero en una celda

de abúlicos mercaderes.

Me veo en constante fuga.

Me escapo a mí mismo

Y desciendo a mis oquedades de pavor.

Me despojo de imágenes falsas

No escucharé.

Al nivel de la noche, mi sangre

es una estrellita

que desvía la ruta.

He aquí el llamamiento. He aquí la voz.

Un mundo anterior, un mundo alzado sobre la dicha futura

Flota en la libre voluntad de los navíos.

Leones, no hay leones.

Mujeres, no hay mujeres.

Aquí me perteneces, vértigo anonadante

—en mis palmas arrojadas.

Un diluvio de lóforo primitivo en las cabinas de la tierra insomne.

El busto de las orquídeas

iluminando como una antorcha el tacto de la tempestad.

Yo soy lo que no soy: Un paso de fervor. Un paso.

Me separan de ti. Nos separan.

Yo me he tralicionado, inocencia vertical.

Me busco inútilmente.

¿Quién soy yo?

La mano del sollozo con su insignia de tímida flauta

excavará el yeso desafiante en mis calzadas

sobre las esfinges y los recuerdos.

Mi animal de costumbre me observa y me vigila.

Mueve su larga cola. Viene hasta mí

A una hora imprecisa.

Me devora todos los días, a cada segundo.

Cuando voy a la oficina me pregunta:

“¿Por qué trabajas

Justamente

Aquí?

Un día sea

Y yo le respondo, muy bajo, casi al oído:

Por nada, por nada.

Y como soy supersticioso, toco madera

De repente,

Para que desaparezca.

Estoy ilógicamente desamparado:

De las rodillas para arriba,

A lo largo de esta primavera que se inicia

Mi animal de costumbre me roba el sol

Y la claridad fugaz en los transeúntes.

Yo nunca he sido fiel a la luna

ni a la lluvia ni a los guijarros de la playa.

Mi animal de costumbre me toma por las muñecas,

me seca las lágrimas.

A una hora imprecisa

Baja del cielo.

A una hora imprecisa

Sorbe el humo de mi pobre sopa.

A una hora imprecisa

En que expló mi sed

Pasa con jarros de vino.

A una hora imprecisa

Me matará, recogerá mis huesos

Y ya mis huesos metidos en un gran saco, hará de mí

Un pequeño barco,

Una diminuta burbuja sobre la playa.

Entonces sí

Seré fiel

A la luna

La lluvia

El sol

Y los guijarros de la playa.

Entonces,

Persistirá un extraño rumor

En torno al árbol y la víctima;

Persistirá...

Barriendo para siempre

Las rosas,

Las hojas dúctiles

Y el viento.

Juan Sánchez Peláez ha producido una brillante y ejemplar obra poética inspirado en el ejemplo rebelde y exploratorio del surrealismo. La pasión amorosa, el desamparo existencial, los paisajes de la memoria, la entrevisión onírica; y, sobre todo, la calidad transformadora del conocer poético, que establece las pérdidas y las sumas de la errancia humana, distinguen a esta voz íntima y plácida, agónica y nostálgica.

Luis Ramiro Beltrán:

La Guerra del Chaco

Discurso de inauguración de la exposición fotográfica sobre la Guerra del Chaco presentada en el Museo de Fotografía en La Paz en septiembre de 2007



Para la gente de hoy la Guerra del Chaco —la más reciente de las contiendas internacionales en que Bolivia se ha visto trágicamente envuelta— es algo tan remoto y desconocido como la Guerra del Peloponésico. Así lo afirma el eminente escritor Mariano Baptista Gumucio en su valioso libro "Historia Gráfica de la Guerra del Chaco", y tiene sobrada razón para hacerlo.

Si la memoria escrita se ha visto debilitada de 1950 en adelante al disminuir la producción de libros sobre esa contienda, la memoria gráfica o audiovisual es mucho más escasa y evanescente. De ahí la importancia de esta exposición que forma parte del Fotoencuentro que tan diligentemente promueve Sandra Boulanger de Tejada.

A 75 años de que estallara el conflicto del sudeste, Javier Núñez de Arco —prestigioso anticuario por muchos años y, desde hace dos, fundador del primer museo de fotografía del país— presenta esta rica muestra fotográfica. Él hace así, en colaboración con el conocido fotógrafo y periodista Patricio Crocker, un sustancial aporte a la recuperación de aquella memoria del holocausto chacoño que busca reactivar la conciencia ciudadana, entumecidas como están ahora ambas por el paso del tiempo y por el peso de la indiferencia. Este recinto museográfico está, pues, poblado de múltiples, emocionantes y preciados recuerdos de la Guerra del Chaco que esperan que muchos bolivianos acudan a él para derrostar con su cálida presencia a la ingratitud y al olvido.

Tan meritorio empeño ayudará al público a recordar que la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, que tuvo lugar de mediados de 1932 a mediados de 1935, fue la más injustificada, sangrienta y onerosa de todas las que ensombrecieron a la historia boliviana. Y hará que él tome en cuenta que Paraguay —nacido sin acceso al mar— y Bolivia —despojada del suyo por Chile en 1879— eran entonces dos de las repúblicas menos avanzadas de la región y que las relaciones entre ellas eran mínimas. En efecto, el desconocimiento entre sus pueblos llegaba a tal extremo que no tenían motivo alguno para sentir animadversión el uno respecto del otro. Sin embargo, en vez de hermanarse para superar juntos aquella situación, se trabaron insensatamente en una lucha sin cuartel en la que murieron nada menos que 50 mil bolivianos y 40 mil paraguayos, marcando así el conflicto bélico con más pérdidas humanas de la historia de Latinoamérica. Y tan sin sentido fue esa cruenta contienda que, apenas llegó a su término, combatientes de uno y otro bando dejaron espontáneamente sus trincheras para estrecharse en un abrazo de reconciliación, intercambiar objetos de recuerdo y compartir canciones, romántico y plausible epílogo probablemente único en la historia de la humanidad.

La causa de aquel espantoso conflicto fue la disputa entre los dos países por la posesión del Chaco Boreal, un inmenso territorio —prolongación de las estribaciones andinas sobre la ribera oriental del río Pilcomayo— del que, con base en distintos expedientes de documentos coloniales, uno y otro se consideraban propietarios. Ese espacio de forma triangular, marcado al noroeste por el río Parapetí, al este por el río Paraguay y al sur por el río Pilcomayo, era un desierto muy escasamente poblado sólo por pequeñas tribus nativas por ser impropicio a la existencia humana principalmente debido a su muy aguda carencia de agua y a su calcinante temperatura. Árido y arenoso, sin vegetación que brindara sombra, era también espinoso y tenía reptiles, hormigas y alimañas en abundancia. No en vano, pues, se lo llamaba el "infierno verde".

Las diversas negociaciones emprendidas por Bolivia a lo largo de muchos años para resolver la controversia pacíficamente nunca prosperaron. Y así los dos países fueron ocupando el territorio mediante puestos militares para ejercer soberanía de facto y por la fuerza. Rocas con centinelas y escaramuzas entre patrullas, conducirían un día al fatal estallido de la guerra.

Paraguay estaba en situación de marcada ventaja sobre Bolivia para embarcarse en la guerra, comenzando por la proximidad de sus centros poblados al Chaco. Había, en efecto, poca distancia

de Asunción al puesto de comando central, Isla Poi, al que llegaba prontamente por navegación fluvial y por transporte ferroviario desde Puerto Casado. Por eso iría a colocar en el terreno en nada más que 36 días 16 mil combatientes armados y equipados. Por otra parte, había una relación armoniosa entre líderes gubernamentales y los jefes militares. La economía del país, si bien modesta, no se hallaba en crisis. Además, se iría a contar con el solapado apoyo militar (asesoramiento, espionaje y voluntarios), así como financiero y diplomático, de Argentina, país que dominaba su economía. Y, sin duda, Paraguay también contaría con el beneplácito de Chile.

Bolivia, en cambio entraba en la contienda en circunstancias sumamente desfavorables. Atravesaba entonces el país por una muy grave crisis económica caracterizada por la caída del precio del estaño. El déficit fiscal era abrumador por cuanto el gasto público era de 35 millones de bolivianos y el ingreso apenas llegaba a los 15 millones. El gobierno tuvo que apelar a préstamos de emergencia para equipamiento bélico, vehículos de transporte y abastecimiento de víveres y medicinas, hubo inflación. La distancia de La Paz al teatro de la guerra era de 2 mil kilómetros a recorrer en su parte inicial por tren y, lenta y penosamente, en camiones en el resto de la ruta, por pésimos caminos y por precarios senderos. El ejército boliviano no tenía experiencia alguna en combate sobre terreno boscoso y desprovisto de agua, no conocía más que referencialmente el territorio chacoño en el que tenía una guarnición de apenas 1.250 hombres desperdigados en un amplio frente y no contaba con una estrategia oficial de campaña. Tuvo como comandante por un año al general Hans Kundt, eficaz conductor de tropas en su país, Alemania, pero en modo alguno estratega militar; su obcecación, su autoritarismo y su arrogancia causarían a Bolivia muchas derrotas sangrientas y grandes perjuicios. Y, como si todo ello no fuera suficiente, se daba entre el Presidente de la República, Daniel Salamanca, y los altos jefes militares una honda discrepancia que iría a tener consecuencias muy graves para la ejecución de la campaña y para el propio gobierno.

Pese a esas y otras circunstancias negativas, la gran mayoría de los combatientes bolivianos mostraron reciedumbre y coraje ejemplares. Así lo iría a reconocer un jefe paraguayo, el mayor Antonio E. González, en palabras generosamente laudatorias como éstas: "Aún con las trabas que pesaban sobre él, fue un gran soldado... En general, el soldado boliviano de una u otra raza era sufrido, abnegado y valiente... En la defensa era temible... en el ataque actuaba con empuje feroz... Apenas existía fuerza humana capaz de detenerlo."

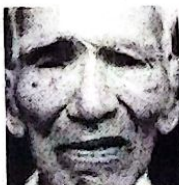
Una demostración sobresaliente de esas virtudes se dio en la primera de las tres batallas mayores y principales de la guerra, la de Boquerón en septiembre de 1932. Para recuperar ese fortín caído en manos de Bolivia, el comandante paraguayo, el entonces coronel José Félix Estigarribia, desplegó al principio 5 mil hombres y al final 10 mil dotados de cañones y morteros y apoyados por aviones. Valeroso, estoico y sagaz, el mayor Manuel Marzana y sus nada más que 500 compañeros lucharon con coraje, habilidad y perseverancia tales que lograron contener, a lo largo de veinte días, tres vigorosos ataques, causando al enemigo millares de muertos antes de verse obligados a capitular, vencidos por la sed, el hambre y la fatiga, así como por la falta total de municiones, derivadas del férreo cerco que sufrieron. Un diario argentino dijo de ellos: "En Boquerón están escribiendo unos pocos soldados bolivianos la más bella página de heroísmo americano..." El Presidente del Paraguay, Eusebio Ayala, hizo públicamente este halagoso reconocimiento a ellos: "Los oficiales y soldados que se batieron en Boquerón, y son nuestros prisioneros, se comportaron con tal bravura y coraje que merecen todo nuestro respeto." Y más tarde

en el curso de la campaña, el general Estigarribia, al admitir que no había tenido éxito la ejecución de un plan suyo para poner pronto término a la guerra, reconoció con caballerosa franqueza que los bolivianos "... aún después de derrotas irreparables, recobraban su vitalidad y seguían peleando con exasperante tenacidad".

La pernicioso desinteligencia ya señalada entre el primer mandatario de la nación y los principales comandantes militares, empañó todo el panorama de la contienda. Él no confiaba en ellos por considerarlos incompetentes, poco responsables y ansiosos de poder. Y ellos le reprochaban intervenir indebidamente en la conducción de las operaciones desconociendo su autoridad como profesionales de las armas así como escatimar recursos para la contienda. La discordia alcanzó su máximo grado en noviembre de 1934, cuando el Presidente fue al Chaco para hacer cambios en el comando, incluyendo en ellos al propio general Peñaranda, pues había resuelto reemplazarlo por el general Lanza. Peñaranda encabezó entonces una rebelión de altos oficiales que desembocó en golpe de Estado frente al adversario, al deponer el Inermista Salamanca haciéndole firmar en Villamontes su renuncia para sustituirlo con el Vicepresidente, José Luis Tejada Soriano, sin que éste mostrara oposición a ello. El principal historiador de la Guerra del Chaco, el excombatiente Roberto Querejazu Calvo, vio aquella acción así: "El derrocamiento del Presidente constitucional de la República en plena zona de operaciones, extrayéndose tropa de la línea de fuego y con amenaza de pactar un cese de hostilidades con el enemigo, tenía todas las agravantes de una traición a la patria, sin paralelo en la historia".

En enero de 1935, las fuerzas paraguayas llegaron hasta las proximidades de Villamontes, la base de la retaguardia de Bolivia. Hacia ella tuvo que replegarse entonces de prisa todo su ejército. Y el general Bernardino Bilbao Rioja fue encargado de organizar la defensa. Lo hizo con presteza y a tal grado de excelencia que los varios y vigorosos ataques paraguayos nunca pudieron vencer la resistencia en definitiva. Más aún —agotados, poco orientados en terreno que desconocían y muy alejados de sus fuentes de abastecimiento— fueron obligados en abril a retroceder 100 kilómetros y suspender su ofensiva. El brillante conductor y estratega había salvado, pues, por tercera vez a Bolivia al hacer inexpugnable a Villamontes, al alejar al adversario de las fuentes de petróleo que éste ahora apetecía poseer y al retomar dominio de ambas orillas del río Parapetí.

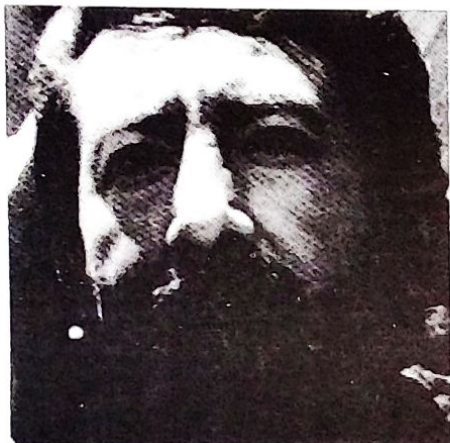
Paradójicamente, sin embargo, cuando Bolivia podía proseguir su eficaz contraofensiva con considerable probabilidad de éxito, su gobierno cedió de pronto a la interesada presión de la dique neutral Argentina que se las ingenió para inducirlo a firmar la paz de una vez sin más negociación diplomática. Esta indebida y nefasta concesión podría considerarse acaso como otra traición a la Patria, pues fue así que —en momento muy conveniente para el adversario, pero con enormes pérdidas y deshonra para Bolivia— terminó la guerra en la mitad de junio de 1935, esfumándose el viejo anhelo de recobrar una salida propia al Atlántico por el norte del río Paraguay.



Luis Ramiro Beltrán Salinas Académico de la Lengua
Premio Mundial de Comunicación McLuhan

Milagros de la pintura boliviana

JULIO CÉSAR TÉLLEZ



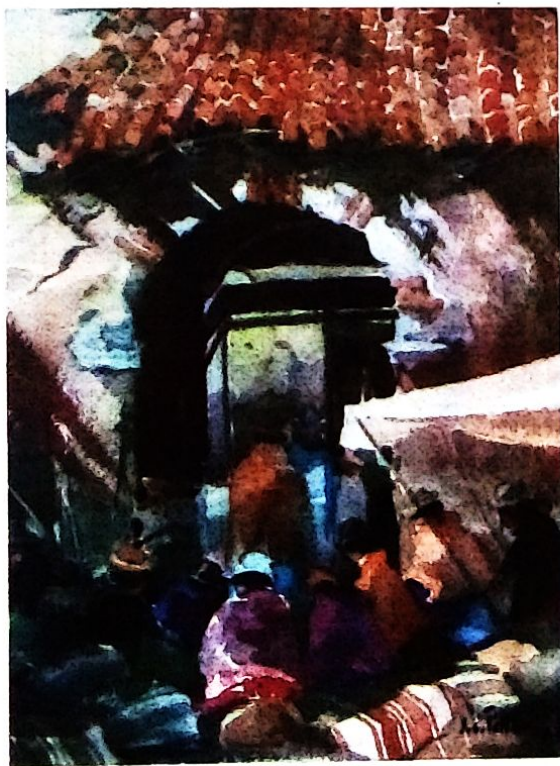
Acuarelista de amplios recursos, es el pincel más calificado para destacar la personalidad urbana de La Paz. Buceador de las intimidades de la urbe, nos redescubre las callejas olvidadas, limpiamente surgidas al amparo de su colorido que refleja con autenticidad sus motivos.

La encabritada topografía cubierta de casas, se muestra gallarda en las acuarelas de Téllez, convertido en verdadero especialista para mostrar y describir la ciudad de La Paz, rica y sugerente en sus rincones, callejas, casas, edificios y avenidas. Es sin embargo, La Paz antigua, genuina y pintoresca la que palpita seductoramente en el pincel de Téllez, que no tiene competidor visible en su especialidad temática.

Utiliza sus sienes tostadas con ajustada precisión en la tonalidad, forjando también figuras de animales de una animación dinámica, que denuncia justa evocación del modelo.

Ilamas, ausentes del paisaje, muestran su gallardía, distinguiendo una de las variantes temáticas de la pintura nativista en la que Téllez no ha incursionado con decisión vocacional. Técnicamente, sus acuarelas son resueltas con una sola aplicación completa y espontánea. Sabe fundir con habilidad los tonos medios, más claros u oscuros que le dan un aire de vibración a sus composiciones, rompiendo así la monótona impresión de las tintas uniformes. Entusiasta descriptor de su urbe natal, reiteramos que es por excelencia, pintor de calles, las que cobran en su pincel identidad atractiva.

Armando Soriano Badani



"Traspaso de tambo" - Acuarela



"Ciudad de La Paz" - Acuarela